

Herbert Marcuse

**EL ENVEJECIMIENTO
DEL PSICOANÁLISIS**

*La represión sexual en la
sociedad contemporánea*



Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2016
Ω

Herbert Marcuse

EL ENVEJECIMIENTO DEL PSICOANÁLISIS

y la represión sexual en la sociedad contemporánea *

ESTE ensayo está consagrado al destino de ciertas tesis fundamentales de la teoría de Freud y de sus continuadores, tanto ortodoxos como revisionistas. Sostengo que han envejecido en la medida que ha envejecido su objeto, es decir, “el individuo” en tanto encarnación de ello, del yo y del superyo dentro del marco de la realidad social. La evolución de la sociedad actual ha reemplazado el modelo freudiano por un átomo social cuya estructura psíquica ha dejado de tener las cualidades que Freud le asignaba al objeto del psicoanálisis. El psicoanálisis ha sobrevivido a través de sus diversas escuelas y se extendió a innumerables áreas de la sociedad, pero con la transformación de su objeto, creció el abismo entre la teoría y la terapéutica, y esta última se encuentra en una situación en la que parece prestar más ayuda al orden establecido que al individuo. La verdad del psicoanálisis no se ve resquebrajada por esto; al contrario, el envejecimiento de su objeto revela la medida en que el progreso ha sido de hecho una regresión en la realidad. Es así cómo el psicoanálisis ilumina con una luz

* Fuente: Este ensayo ha sido extraído de “La represión sexual en la sociedad contemporánea”, Ediciones CEPE, Buenos Aires, 1972 .

nueva la política de la sociedad industrial adelantada.

En este ensayo discutiré el aporte del psicoanálisis al pensamiento político, intentando mostrar el contenido social y político de los conceptos fundamentales del psicoanálisis. Es innecesario "vincular" las categorías del psicoanálisis a las Condiciones sociales y políticas: constituyeron por sí mismas categorías sociales y políticas. Si el psicoanálisis pudo transformarse en un instrumento social y político eficaz, tanto positivo como negativo, ejerciendo a la vez una función administrativa y crítica, es porque Freud había descubierto los mecanismos del control social y político en las dimensiones profundas de los impulsos y satisfacciones instintivas.

Se dijo con frecuencia que la validez de la teoría freudiana dependía en gran medida de la existencia de la sociedad burguesa de Viena en las décadas precedentes a la era fascista; es decir, en la coyuntura del siglo entre las dos guerras. En este acercamiento cómodo, hay un fondo de verdad, pero sus límites geográficos e históricos son falsos. En la etapa de su madurez, la teoría freudiana concedía más importancia al pasado que al presente; correspondía más que a una imagen del hombre generalmente válida, a una imagen superada, a una forma de ser en vías de desaparecer.

Freud describió una estructura psíquica dinámica: la lucha a muerte que libran las fuerzas antagónicas: el ello, el yo y el super-yo, el principio de placer y principio de realidad, Eros y Tánatos. En último análisis, es en el individuo y a través suyo, en su cuerpo y en su espíritu y a través de ellos, que se libra esta lucha; el analista ejerce la función de portavoz (mudo) de la *razón* —en última instancia, de la razón del individuo mismo. No hace más que activar, que explicitar lo que se encuentra en el paciente, las disposiciones y aptitudes psíquicas del mismo. "Allí donde estaba el ello, debe estar el yo." En esto consiste el programa racionalista, racional del psicoanálisis —victoria

sobre el inconsciente, sobre sus pulsiones y objetivos “imposibles”. En virtud de su propia razón el individuo renuncia a las exigencias intransigentes del principio de placer y se somete a las voluntades del principio de realidad, aprendiendo a mantener el precario equilibrio entre Eros y Tánatos —a hacer su camino en una sociedad (Freud emplea el término civilización) que es cada vez menos capaz de producirle felicidad, es decir de dar satisfacción a sus instintos.

Quiero destacar dos elementos de esta concepción que caracterizan el factor histórico, es decir las condiciones sociales y políticas modificadas.

1. Freud presupone siempre y en todas partes la existencia de un conflicto esencial entre el individuo y la sociedad en la que éste vive.
2. Presupone que el individuo se constituye dentro de este conflicto, y en el caso del paciente, que éste tiene una necesidad vital de que se le haga un arreglo —lo que se expresa es la incapacidad en la que se encuentra para funcionar normalmente en la sociedad dada.

Este conflicto se origina no sólo en la amnesia personal del paciente, sino también (y en primer lugar) en el destino general, global, del individuo ante el principio de realidad establecido: la historia ontogenética del caso patológico es la repetición bajo formas particulares, de la historia filogenética del género humano. No sólo la dinámica de la situación edípica es el modelo latente de toda relación padre-hijo, sino que también entrega el secreto de la perpetuación de la explotación del hombre por el hombre —y de las victorias de la civilización así como de sus fracasos. Es en la situación edípica donde se encuentran las raíces individuales, instintivas, del principio de realidad que rige la sociedad. Los éxitos de la terapéutica dependen en gran medida del hecho que se reconozca o no la existencia del vínculo interno entre la desgracia individual y la

desgracia general. Cuando el análisis cumple con su objetivo, el individuo analizado sigue siendo desdichado, conserva conciencia desdichada —pero está “curado”, “liberado”, en la medida en que admite culpabilidad y amor al padre, infracción y derecho de las autoridades que persiguen y desarrollan la obra del padre. Los lazos libidinosos aseguran de este modo la preservación del sometimiento del individuo a la sociedad en la que vive; el individuo adquiere una autonomía relativa en un mundo heterónimo.

El “Nuevo” Yo.

¿Cuál es entonces el factor histórico que determina que esta concepción sea una concepción envejecida? Según Freud, el conflicto fatal entre individuo y sociedad es experimentado primero y ante todo en la confrontación con el padre; es aquí que se libra la lucha global entre Eros y Tánatos, lucha que determina el desarrollo del individuo. Y es el padre quien asegura la subordinación del principio de placer al principio de realidad; la rebelión y el acceso a la madurez constituyen fases del conflicto con el padre. Es así como la “socialización” primaria del individuo es obra de la familia y sea cual fuere el grado de autonomía al que pueda acceder el niño, su yo se desarrolla ante todo en un terreno y refugio de lo privado: se convierte en un *ego* con el otro pero generalmente *contra* el otro. El *individuo* es él mismo un proceso viviente de la mediación en la que toda opresión y toda libertad “internalizadas”, se convierten en los gestos y actos propios del individuo.

Sin embargo, esta situación en la que el yo y el super-yo se constituían en el curso de la lucha con el padre en su calidad de representante paradigmático del principio de realidad, es en la actualidad una situación histórica, ha desaparecido en favor de las transformaciones de la sociedad industrial que asu-

mieron forma en el curso del período de entre dos guerras. Citemos algunos hechos conocidos: el pasaje de la libre competencia a la competencia organizada, concentración del poder en las manos de una administración técnica, cultural y política omnipresente, producción en grandes series y consumo de masas que se desarrolla automáticamente, subordinación de las dimensiones del ser que eran anteriormente privadas y antisociales a una educación, un manipuleo y control metódicos. Para dar una idea de la medida en que estas transformaciones han minado los fundamentos de la teoría freudiana, subrayaré dos tendencias conjugadas que afectan tanto la estructura social como la psíquica.

1. El modelo psicoanalítico según el cual el padre y la familia dominada por éste eran los agentes de la socialización psíquica, pierde su valor por el hecho de que en la actualidad la sociedad dirige inmediatamente el yo en formación al terreno de “los medios de comunicación de masas”, grupos escolares y deportivos, “barra” de jóvenes, etc.

2. La declinación del papel del padre sigue a la regresión de la empresa privada y familiar: el hijo es cada vez más independiente del padre y de la tradición familiar en lo que se refiere a su elección profesional, búsqueda de empleo y manera de ganarse la vida. El aprendizaje y la internalización de las represiones y del comportamiento socialmente necesario ya no se realizan a través de un largo conflicto con el padre, más bien se lleva al ideal del yo a actuar directamente sobre el yo y “desde el exterior” antes que el propio yo se haya constituido realmente como sujeto personal y (relativamente) autónomo de la mediación entre el *ego* propio y el de los otros.

Estas transformaciones reducen el “espacio vital” y la autonomía del yo y abren el camino a la formación de las *masas*. La mediación entre el ego y el otro cede su lugar a la identificación inmediata. En la estructura social el individuo se

convierte en objeto de administración consciente e inconsciente, y obtiene libertad y satisfacción en tanto tal; en el interior de la estructura psíquica el *yo* se “reduce” a tal punto que ya no parece capaz de existir indiferenciadamente del ello y del super- yo.

A la dinámica pluridimensional en virtud de la cual el individuo aseguraba y preservaba su equilibrio entre autonomía y heteronomía, libertad y opresión, placer y sufrimiento, se sustituyó una identificación unidimensional, estética del individuo con sus semejantes y con el principio de realidad administrado. Esta estructura unidimensional no deja más lugar al desarrollo de los procesos psíquicos descritos por Freud; por consiguiente el objeto de la terapéutica psicoanalítica no es más el mismo y la función social del psicoanálisis se modifica como resultado de las transformaciones en la estructura psíquica la que, por su parte, es producida y reproducida por la sociedad.

Según Freud, sin embargo, los procesos y conflictos psíquicos fundamentales no son “históricos”, no se limitan a un período y a una estructura social dadas, sino que tienen carácter universal, “eterno” y fatal. De modo que estos procesos no pueden desaparecer así como tampoco resolverse, estos conflictos deben continuarse bajo formas diferentes que correspondan a otros contenidos y los expresen. Es así en las condiciones que caracterizan la nueva sociedad: en el comportamiento de las masas y en las relaciones de éstas con sus nuevos amos, que imponen respeto por el principio de realidad, es decir con sus dirigentes. Debe comprenderse aquí el término dirigente (*leader*) en el sentido de detentor del poder no sólo en los estados autoritarios sino también en las democracias totalitarias; “totalitario” recibe aquí una nueva definición y significa que la sociedad establecida elimina toda oposición eficaz recurriendo a métodos no sólo terroristas sino igualmente pluralistas.

Freud mismo aplicó el psicoanálisis a condiciones según las cuales su modelo clásico de constitución del yo aparecía caduco en ausencia de las restricciones esenciales. En su ensayo sobre *Psicología colectiva y análisis del yo*, el psicoanálisis franquea el paso que separa la psicología individual de la psicología colectiva, hacia el análisis del individuo en su calidad de miembro de la masa, hacia el análisis del psiquismo individual en tanto psiquismo colectivo —un paso que fue necesario franquear porque la teoría freudiana había descubierto desde sus orígenes, lo universal en lo particular, la desdicha general en la desdicha individual. El análisis del yo se troca en análisis *político* en el cual los individuos se vinculan a las masas, el ideal del yo, la conciencia moral y la responsabilidad extraídos del área del psiquismo individual e incorporados a un agente externo.

Este agente que asume así algunas de las funciones más esenciales del yo (y del super-yo), es el líder. En tanto que ideal colectivo del yo el líder une a los individuos por el doble vínculo de la identificación con él y de la identificación de los individuos los unos con los otros. Los procesos psíquicos complejos que entran en juego a raíz de la constitución de las masas deben permanecer fuera del marco de este ensayo. Me limitaré a anotar los puntos que permitan mostrar sí o no, el envejecimiento del análisis del yo e igualmente la psicología grupal de Freud. Según esta psicología, los vínculos que unen los individuos a las masas serían:

1. Vínculos afectivos;
2. En su conjunto impulsos libidinosos inhibidos en cuanto su objetivo (*zielgehemmt*);
3. Pertenecen a un yo debilitado y empobrecido, y por lo tanto traducen una regresión a estadios primitivos del desarrollo —en última instancia, una regresión a la horda primitiva.

Freud extrae estas características del análisis de dos grandes “masas convencionales” que toma como ejemplos, la iglesia y el ejército. Cabe preguntarse si no es igualmente posible aplicar por lo menos algunos de los resultados de este análisis a las masas aún más considerables que se constituyen en una sociedad industrial adelantada.

La regresión del “yo”

El elemento más general y al mismo tiempo fundamental de la constitución de las masas en una civilización evolucionada es, según Freud, una extraña *“regresión a una actividad psíquica primitiva”*, que hace volver una civilización evolucionada al nivel de sus orígenes prehistóricos, al nivel de la horda primitiva. Todos los miembros de la horda estaban igualmente reducidos al papel pasivo de hijos de un padre todopoderoso y despótico, igualmente perseguidos por este padre que inspiraba a todos el mismo temor; los miembros del grupo no podían desarrollar su yo ni su ideal del yo. (Anoto, para discutir más adelante, que esta dependencia e igualdad resultaban de la abstinencia sexual impuesta por el padre. La identificación de cada uno de los miembros del grupo con el otro y su común identificación con el padre —en otros términos, los vínculos libidinosos que convertían al grupo en una masa obediente, bien coherente y dirigida desde arriba— se constituían a través de la represión. Puesto que ésta se origina en la energía erótica “inhibida”, la constitución de las masas produce una energía destructiva que trata de encontrar su blanco *fuera* del grupo).

Freud enumera como características de la regresión que representa la formación de las masas, lo siguiente: *“Desaparición de la personalidad consciente, orientación de las ideas y sentimiento de todos en una sola y única dirección, predominio de la afectividad y de la vida psíquica inconsciente, tendencia a la*

realización inmediata de las intenciones que pueden surgir". Estos rasgos regresivos indican que el individuo ha renunciado a su ideal del yo para adoptar el del grupo tal como éste se encarna en la persona del *líder*.

Parece que las características regresivas señaladas por Freud pueden observarse de hecho en las áreas más avanzadas de la sociedad industrial. El "estrechamiento" del yo, la mínima resistencia que opone a los otros, se manifiesta en la manera de estar permanentemente alerta a las órdenes que se le imponen desde afuera. Una antena sobre cada trecho, un transistor en cada playa, un *juke-box* en cada bar y restaurante, he aquí tantos gritos desesperados —no quedarse solo, no estar separado de los grandes, no estar condenado al vacío o al odio, o a los sueños del propio yo. Y estos gritos arrastran a los vecinos, e incluso aquellos que desean conservar su propio yo están condenados. Es un inmenso auditorio de ratas en la trampa, y cuya gran mayoría experimenta placer en ver a quien las hace caer en ella.

Pero la regresión del yo reviste formas aún más nefastas, entre las que la principal sería el debilitamiento de las facultades "críticas" del espíritu: conciencia psíquica (*Bewusstsein*) y conciencia moral (*Gewissen*). Una no va sin la otra: no hay conciencia moral sin haber evolucionado, sin conocimiento del bien y del mal. En condiciones de burocratización total, la conciencia moral y la responsabilidad individual padecen una decadencia objetiva puesto que es sumamente difícil asignarse autonomía alguna, y el funcionamiento del aparato determina la autonomía personal y su lugar por encima de la misma. Esta representación corriente contiene sin embargo un elemento sumamente ideológico; el concepto de "burocracia" (como el de "administración") encubre realidades muy diversas y hasta antagónicas: la burocracia de dominación y de explotación difiere totalmente de "la administración de las cosas", la que asegura según un plan el desarrollo y la satisfacción de las

necesidades individuales vitales. En las sociedades industriales adelantadas, la administración de las cosas se hace siempre bajo la dirección de la burocracia de dominación: así el fenómeno perfectamente racional y progresivo que representa la transferencia al aparato de las funciones individuales va acompañado de la transferencia irracional de la conciencia moral (Gewissen) así como de la represión de la conciencia psíquica (Bewusstsein).

Las enseñanzas del psicoanálisis contribuyen mucho a explicar la espantosa despreocupación con la que los hombres se someten a los imperativos de la administración total, lo que implica la preparación de un fin desastroso. Liberado de la autoridad de un padre débil, de la familia centrada en el niño, bien equipado con conceptos y hechos sobre la vida tal como los presentan los *medios de comunicación de masas*, el hijo (y en una medida hasta ahora más débil, la hija) hacen su entrada en un mundo de confección, en el que le es preciso “desenvolverse”. Paradójicamente, parece que la libertad que habían disfrutado en una familia ampliamente desprovista de autoridad, es más un abandono que una bendición: el yo que se había desarrollado sin grandes conflictos aparece como una entidad bastante débil, al punto de convertirse en un ego con los demás y contra ellos, de oponer una resistencia eficaz a los poderes que imponen en la actualidad el respeto por el principio de realidad y que difieren enormemente del padre (y de la madre) pero que difieren igualmente mucho de las imágenes rectoras que presentan “los medios de comunicación de masas”. (En el contexto de la teoría freudiana, desaparece la paradoja: en una civilización (Kultur) represiva, la desaparición del padre y el reemplazo de éste por autoridades exteriores, deben tener como objeto el debilitamiento de la energía instintiva en el yo, y por consiguiente, el de los instintos de vida).

Cuanto más superfina y hasta inhibidora y perturbadora se torna la autonomía del yo para un mundo administrado y

tecnificado, más depende el desarrollo del yo de su “*poder de negación*”, es decir de su aptitud por edificar y preservar un terreno personal, privado, por medio de sus necesidades y disposiciones propias, individuales. En la actualidad hasta esta aptitud se ha reducido, y por las siguientes dos razones:

1. por el hecho de la socialización inmediata, externa, del yo;
2. a causa del control y manipuleo del tiempo libre: fundir la esfera privada en la masa.

Despojada de su poder de negación, el yo se agota en la “búsqueda de la identidad”, a menudo al precio de trastornos psíquicos y mentales, que terminan por precisar un tratamiento psicológico, o más aún, se somete de buen grado a modos de pensamiento y comportamiento requeridos, tornando su ego más o menos parecido al de los otros. Los otros, en su papel de competidores o de superiores, provocan una hostilidad dirigida por los instintos: la identificación a su ideal del yo provoca la liberación de una energía agresiva. El ideal del yo exteriorizado dirige este consumo de energía: no dirige la conciencia moral en tanto juez moral del yo; sino que vuelca la agresión contra los enemigos exteriores del ideal del yo. De este modo los individuos se sienten psíquica e instintivamente predispuestos a admitir y a asumir como propias las necesidades políticas y sociales, necesidades que requieren una movilización permanente de la potencia destructiva: armas nucleares contra armas nucleares, la intimidad organizada con la muerte, la barbarie y la injusticia.

El miembro de esta sociedad no aprecia ni comprende todo esto por sí mismo ni en función de su yo y de su propio ideal del yo (su padre y los ideales por su padre), sino a través de todos los demás y con relación al ideal del yo externalizado que les es común: los intereses nacionales o supranacionales y sus defensas establecidas. El principio de realidad se expresa *en masa*: no sólo por el intermediario de los “*medios*” que ase-

guran día y noche la coordinación de la esfera privada y la de todos los demás, sino también por boca de los niños y de los colegas, por la vía indirecta de las asociaciones profesionales. La conciencia del yo es su conciencia: el resto es desviación, crisis de identidad o mala suerte individual. Es así como el ideal del yo exterior no es impuesto por la fuerza bruta; existe una profunda armonía entre lo interior y lo exterior; puesto que la coordinación debuta mucho antes de tornarse consciente, los individuos reciben del exterior lo que desearían ellos mismos; la identificación al ideal del yo colectivo se produce en el niño, aunque la familia haya dejado de ser el principal agente de la socialización. La determinación en la familia es más bien determinación *negativa*: el niño aprende que no es el padre, sino sus compañeros de juegos, los vecinos, los jefes de la “barra”, el deporte, la pantalla cinematográfica, los que constituyen la autoridad en materia de comportamiento espiritual y corporal. Se ha puesto el énfasis sobre todo en el modo en que esta transformación decisiva se vincula con las modificaciones de la estructura económica: la decadencia de la empresa privada y familiar, de los talentos y vocaciones tradicionales, “hereditarios”, la necesidad de cultura general, la función cada vez más vital e invasora de las agrupaciones profesionales, de las organizaciones de empleadores y de asalariados, todo esto ha restringido el papel del padre y minado los fundamentos de la teoría psicoanalítica del super-yo como sucesor del padre. En los sectores más avanzados de la sociedad actual, el ciudadano ya no se siente seriamente acosado por las *imago*s del padre.

De la sociedad sin precio al sistema de líderes

Estas transformaciones parecen tornar caduca la interpretación freudiana de la sociedad de masas de nuestro tiempo. La concepción de Freud requiere un *líder* que actúe como

fuerza unificadora, así como la transferencia del ideal del yo sobre el *líder* en su calidad de *imago* del padre. Por otra parte los lazos libidinosos que unen a los miembros de las masas con los líderes y a los unos con los otros, deben ser *"una reelaboración idealista de las relaciones en el seno de la horda primitiva", "en la que todos los hijos se sabían igualmente perseguidos por el padre primitivo y en el que todos temían a este último"*.

No obstante, los líderes fascistas no eran "padres", e incluso si empujamos al extremo la imaginación "idealizante", los jefes supremos postfascistas y post-stalinianos no presentan las características de herederos del padre primitivo. Tampoco puede decirse que los "hermanos" sean todos perseguidos o amados en igual grado: este tipo de igualdad no reina ni en los estados democráticos ni en los estados autoritarios. Es verdad que Freud se preguntaba si el dirigente *"no puede ser reemplazado por una idea, por una abstracción"*, o si *"una tendencia colectiva"* no puede ocupar su lugar, encarnada en la persona de un "líder secundario". Las "exigencias" nacionales, al igual que el capitalismo, o el "comunismo", o simplemente la libertad, pueden ser abstracciones de este tipo, pero parece que difícilmente se prestan a una identificación libidinosa. Ciertamente dudaremos, pese al estado de movilización permanente, en comparar la sociedad actual con un ejército en el cual el comando supremo ejerce la función de fuerza unificadora. No cabe duda que en todos los estados existen *líderes* así como líderes supremos en número suficiente, pero a ninguno de ellos parece aplicarse la imagen que necesita la hipótesis de Freud. Por lo menos en este sentido, la tentativa de elaborar una teoría psicoanalítica de las masas parece indefendible, de modo que también sobre este punto ha envejecido la concepción psicoanalítica. Estamos en presencia de una realidad hasta ahora encarada por el psicoanálisis de manera marginal: *la sociedad sin padre*. En una sociedad tal

terminaría por producirse una liberación gigantesca de energía destructiva: liberada de los lazos afectivos con respecto al padre en tanto autoridad y conciencia moral, la agresividad ganaría terreno y conduciría a la destrucción del grupo. Es evidente que no nos encontramos aún en esta situación histórica: vivimos más bien en una sociedad en cuyo seno los individuos han cesado de estar dirigidos por las *imágenes* tradicionales del padre, pero donde sin embargo han tomado su lugar otros agentes del principio de realidad, visiblemente tan eficaces. ¿Cuáles son estos agentes?

Resulta ya imposible detectarlos mediante los conceptos freudianos: la sociedad ha superado el estadio en el que la teoría psicoanalítica era capaz de aportar datos esclarecedores sobre la penetración de la sociedad en la estructura psíquica de los individuos y, a partir de esto, descubrir los mecanismos de control social en los individuos. La piedra angular del psicoanálisis es la concepción según la cual los controles sociales resultan del conflicto entre las necesidades instintivas y las necesidades sociales; un conflicto en el seno del yo y que se erige contra la autoridad personal. Por consiguiente, hasta el control social y político más complejo, el más objetivo y el más impersonal debe “encarnarse” en una “persona”. *Encarnado* no en el sentido de una simple analogía o símbolo, sino en un sentido muy literal: los lazos afectivos deben unir el amo con el esclavo, el jefe al subordinado, el líder con aquellos a quienes dirige, el soberano al pueblo.

Pues bien, nadie negaría que existen aún vínculos de este tipo: las campañas electorales lo demuestran suficientemente, y los agentes del poder saben muy bien cómo se juegan estos sentimientos. Pero la imagen del padre no se encuentra exorcizada por todo esto; los astros y estrellitas de la política, de la televisión y de los deportes son sumamente “fungibles” (cabe interrogarse sobre el hecho de si su costoso mantenimiento no es ya, en sí mismo, una prodigalidad hasta para el

orden establecido— prodigalidad en la medida en que la selección se reduce a una elección entre equivalentes pertenecientes a la misma categoría de mercaderías). Su “fungibilidad” indica que no es, en absoluto, en tanto *personas o personalidades* que pueden asignarse el papel importante que están llamados a desempeñar en la creación de la cohesión social. Dichos *líderes-astros*, así como innumerables sub-líderes, son en cuanto a ellos, funcionarios de una autoridad superior que ya no se encarna en una persona: la autoridad del aparato productivo actual, que una vez que se ha puesto en marcha y que se mueve activamente en la dirección prevista, devora *líderes* y “hermanos”— sin abolir sin embargo las diferencias radicales existentes entre ellos, es decir las diferencias entre amos y servidores. Este aparato engloba en un todo la estructura material de producción y de distribución, la técnica, la tecnología y la ciencia empleadas en este proceso, así como la división social del trabajo que mantiene y acelera el proceso. Naturalmente, este proceso está dirigido y organizado por hombres, pero los objetivos fijados y los medios de alcanzarlos están determinados por los imperativos de conservación, desarrollo y protección del aparato —pérdida de autonomía que aparece cualitativamente diferenciada de la dependencia con respecto a las “fuerzas productivas” disponibles, dependencia característica de los estadios históricos anteriores. En el sistema monopolista, con sus burocracias invasoras, la responsabilidad individual está tan entremezclada en la de los otros como la empresa individual en la economía nacional e internacional. A través de este entremezclamiento se impone el ideal del yo general que amalgama a los individuos para convertirlos en ciudadanos de la sociedad de masas; imponiéndose contra las diversas *élites* del poder competidoras, líderes y jefes, se “encarna” en las rigurosas leyes que rigen el movimiento del aparato y determinan el comportamiento del objeto tanto material como humano; el código técnico, el

código moral y el de la productividad rentable se funden en un único todo efectivo.

Un enemigo más concreto que su abstracción

Mientras que la teoría freudiana del *líder* en tanto heredero del padre-super-yo parece haber caducado frente a una sociedad de reificación total, la tesis según la cual la adhesión de toda asociación civilizadora duradera, si no se mantiene mediante el terror brutal debe serlo a través de un tipo determinado de relación libidinosa –identificación recíproca–, sigue siendo válida. Ya que si una “abstracción” no puede convertirse en un objeto de inversión libidinosa (cathexis), un aparato concreto, en cambio puede: es lo que muestra el ejemplo del automóvil. Pero si el automóvil (u otra máquina), más allá de su aplicación como vehículo u ocasión de satisfacción sexual no sublimada, es además objeto de una inversión libidinosa, constituye sin equívocos un sustituto de satisfacción y, además un pobre sustituto. Según los conceptos freudianos debemos suponer por consiguiente que la puesta en vigor directa, objetiva, del principio de realidad y de su imposición a un yo disminuido provocan el debilitamiento de los instintos de vida (Eros) y un incremento de la agresión instintiva y de la energía destructiva. En las condiciones sociales y políticas que predominan en el seno de las sociedades tecnológicas coexistentes, la energía agresiva así activada encuentra un objeto muy concreto y *personificado* en el *enemigo* común fuera del grupo.

El comunismo (oficial) y el imperialismo hacen correr gran peligro al ideal del yo, e incluso al principio de realidad establecido, y crean así una poderosa impulsión a la identificación y a la formación de una masa (*Masse* es el término alemán) para la defensa del principio de realidad establecido. La preponderancia de la energía agresiva sobre la energía libidinosa

aparece como un factor esencial en esta forma de cohesión social y política. Bajo esta forma resulta posible la inversión personal negada a los individuos por la jerarquía reificada de la sociedad tecnológica. El enemigo como blanco personificado, se convierte en el objeto de la inversión instintiva “negativa” agresiva. Ya que en la información y la propaganda absorbidas cotidianamente, las imágenes del enemigo se tornan más concretas y directas —humanas o más bien inhumanas: es menos el comunismo— un sistema social sumamente complejo y “abstracto” el que constituye una amenaza antes que los rojos, los comunistas, los camaradas, Castro, los stalinianos, los chinos— una fuerza muy personalizada contra la que las masas se forman y se unen. De este modo el enemigo no solo se torna más concreto que la abstracción que constituye la realidad. Es igualmente más móvil y “fungible” y puede encarnarse en innumerables figuras conocidas, odiadas, los intelectuales, los judíos, según el nivel y los intereses de los diferentes grupos sociales. Este retorno a los conceptos del psicoanálisis para la interpretación de las condiciones políticas, no quita nada de su fuerza a la explicación *racional* manifiesta y tampoco la invalida. Indudablemente, el simple hecho de que el “comunismo” exista y se desarrolle constituye para el sistema occidental un peligro claro y actual; es indudable que para su defensa este sistema debe movilizar todos los recursos disponibles, tanto espirituales como materiales; es indudable también que en la era de la técnica y de la automatización una movilización de este tipo destruye las formas más primitivas y más personales de “socialización”, características de etapas anteriores. No es necesario recurrir a la psicología profunda para comprender dichos fenómenos, pero sin embargo surge su necesidad ante la difusión y aceptación masivas de la imagen del enemigo y ante los efectos de esta imagen sobre la estructura psíquica de los hombres. En otros términos, el psicoanálisis no puede aclarar los hechos políticos en sí mis-

mos sino que es útil para comprender la acción de estos hechos sobre quienes los padecen.

En la formación de las masas el peligro quizá menos controlable está representado por el *quantum* de energía destructiva activada. No veo ninguna posibilidad de negar o subestimar la importancia de este peligro en la sociedad industrial avanzada. La carrera armamentista, y el consentimiento de muy importantes sectores de la población, son sólo los signos más evidentes de esta movilización de la energía destructiva. Es verdad que dicha energía se moviliza para la conservación y protección de la vida –pero es precisamente en este asunto donde las tesis freudianas más audaces revelan su potencia: toda liberación complementaria de energía destructiva perturba el precario equilibrio establecido entre Eros y Tánatos y reduce la energía de los instintos de vida en provecho de los instintos de muerte. Esta tesis se aplica igualmente al empleo de la energía destructiva en la lucha contra la naturaleza. El progreso técnico preserva la vida y la desarrolla en la medida en que la energía destructiva empleada esté “canalizada” y dirigida por la energía libidinosa. Esta preponderancia de Eros en el progreso técnico podría manifestarse por un facilitamiento y pacificación progresivos de la lucha por la vida, por un acrecentamiento de las necesidades eróticas autónomas y su satisfacción. En otros términos el progreso técnico vendría acompañado por una *desublimación* continua, la que lejos de arrojar a la humanidad a estadios anárquicos y primitivos, promovería la aparición de una forma de civilización menos represiva y sin embargo superior.

La de-sublimación no significa preponderancia de Eros

En la actualidad, en el seno de las sociedades tecnológicas avanzadas de Occidente se está produciendo *de hecho una de-*

-*sublimación de gran alcance* (en comparación con estadios anteriores) en materia de costumbres y de relaciones sexuales, de relaciones sociales, de acceso a la cultura (la cultura de masas es cultura superior de-sublimada). La moral sexual se ha liberalizado en alto grado; por otra parte, en su papel de estimulante comercial, como parte activa del balance y símbolo de cierta categoría social, la sexualidad es objeto de propaganda. Pero este incremento de de-sublimación ¿acaso significa la preponderancia de Eros, que conserva y exalta la vida sobre su adversario fatal? La concepción freudiana de la sexualidad puede indicarnos la respuesta.

En esta concepción, el conflicto entre la sexualidad (en tanto fuerza del principio de placer) y la sociedad (como institución del principio de realidad) desempeña un papel central. La sociedad es necesariamente represiva frente a las reivindicaciones intransigentes de los instintos vitales primarios. Con su fuerza más íntima, Eros *“manifiesta contra el instinto gregario”, “rechaza contra la influencia de la masa”*. Con la de-sublimación comercial actualmente en vigor, parece dominar exactamente la tendencia inversa. El conflicto entre el principio de placer y el principio de realidad está dirigido mediante una liberalización controlada que asegura un mejor ajuste a los imperativos de la sociedad. Pero con esta forma de liberación, se modifica la función social de la energía libidínica: en la medida en que la sociedad sanciona y hasta promueve la sexualidad (naturalmente, no de manera oficial, sino por el rodeo de los hábitos y formas de comportamiento considerados “normales”), la sexualidad pierde lo que para Freud es su calidad erótica esencial, la de ser un momento de liberación de lo social. En esta esfera, la libertad subrepticamente oculta, la peligrosa autonomía del individuo pertenecía al terreno del principio de placer: su restricción autoritaria por parte de la sociedad daba la medida de la profundidad del conflicto entre individuo y sociedad, es decir, de la medida

en la que la libertad estaba oprimida. En la actualidad, con la integración de esta esfera al área del comercio y el entretenimiento, la propia represión es reprimida, la sociedad no ha incrementado la libertad individual sino que ha crecido el control que ejerce sobre el individuo. Y este incremento del control social no está asegurado por el terror, sino por la productividad y el rendimiento más o menos útil del aparato social.

Hoy en día, la civilización ha alcanzado un alto nivel de desarrollo; en este punto, la sociedad subordina los individuos a sus exigencias, acrecentando la libertad y la igualdad –dicho de otro modo, en esta etapa, el principio de realidad se impone mediante una *de-sublimación* mayor pero controlada. Bajo esta nueva forma histórica del principio de realidad, el progreso puede actuar como vehículo represivo. El mejoramiento y el incremento de la satisfacción constituyen hechos muy reales, y sin embargo son, en el sentido freudiano, hechos *represivos* en la medida en que reducen en el psiquismo individual las fuentes del principio de realidad y de libertad, la resistencia instintiva e intelectual, al principio de realidad.

También la resistencia intelectual recibe un golpe en su raíz: la satisfacción administrada reina igualmente en el terreno de la cultura superior, de las necesidades y objetivos sublimados.

Uno de los principales mecanismos de la sociedad industrial adelantada, es la difusión masiva del arte, de la literatura, de la música y de la filosofía que se convierten en elementos del equipo técnico de la vida cotidiana en la casa y en el trabajo. En el curso de este proceso padecen una transformación decisiva: dejan de ser cualitativamente diferentes del orden establecido, del principio de realidad establecido, perdiendo lo que antes consistía en su función liberadora. En la actualidad las imágenes y las ideas mediante las cuales anteriormente, el arte y la literatura cuestionaban y trascendían la realidad dada,

están integradas a la sociedad, y el poder del principio de realidad aumenta de manera considerable. Estas tendencias alcanzarían para confirmar la hipótesis de Freud según la cual la represión aumenta con el progreso de la civilización mientras que las ventajas materiales y culturales de ésta pueden ser aprovechadas por una fracción más importante de hombres sometidos. Los que extraen mayor provecho están inextricablemente asociados a las agencias cada vez más numerosas que aseguran la producción y distribución de los bienes de uso, y así incrementan sin cesar el aparato gigantesco necesario para la defensa de dichas agencias más allá de las fronteras nacionales: el pueblo se transforma en objeto de administración. En tanto se preserve la paz parecería que se tratara de una administración preocupada por el bien de los hombres. Pero el incremento de la satisfacción implica la satisfacción de la agresión y provoca el aumento de la agresividad y la movilización concentrada de las energías agresivas, condiciona la política, tanto interna como extranjera.

Implicaciones políticas de la teoría freudiana

Están presentes las señales de alarma. La relación entre el gobierno y los gobernados, la administración y los administrados, se modifica de manera significativa, sin transformación visible en las instituciones democráticas que funcionan correctamente. La preocupación que manifiesta el gobierno por las necesidades y deseos expresados por el pueblo —esencial en toda democracia que funciona— se transforma con frecuencia en aceptación del extremismo reaccionario, de resentimiento e ignorancia, o en aceptación de la crueldad. De este modo la preservación de la democracia y de la misma civilización parece depender cada vez más de la buena voluntad y la aptitud del gobierno para resistir a los impulsos agresivos “venidos de abajo” y a poner un freno.

*Resumamos ahora las implicancias políticas
de la teoría freudiana:*

1. Las transformaciones esenciales producidas en la sociedad industrial avanzada se acompañan de modificaciones no menos fundamentales de la estructura psíquica primaria. En la sociedad como un todo, el progreso técnico y la coexistencia global de dos sistemas sociales antagónicos conducen al envejecimiento del papel y de la autonomía del sujeto económico y político. Resulta que el yo se forma en el seno y por intermedio de las masas que dependen de la dirección objetiva, reificada, de la administración técnica y política. En la estructura psíquica este proceso se ve favorecido por la decadencia de la *imago* del padre, la separación entre el yo y el ideal del yo y la transferencia de éste a un ideal colectivo, así como por una especie de de-sublimación que intensifica el control social de la energía libidinosa. La reducción del yo y la colectivización del ideal del yo traducen una regresión a estadios primitivos de desarrollo en los que la agresión acumulada debía ser “compensada” por una *transgresión* periódica. En el estadio actual, este tipo de transgresión sancionada por la sociedad parece haber sido reemplazada por la utilización social y política normalizada de la energía agresiva en estado de disponibilidad permanente.

2. Pese a su justificación perfectamente racional desde el punto de vista de la técnica y de la política internacional, la activación de la energía agresiva en excedente libera fuerzas instintivas que amenazan con minar las instituciones establecidas. La sanción de la energía agresiva, necesaria en la situación presente, provoca el incremento de un extremismo general en el seno de las masas, el incremento de fuerzas irracionales que exigen líderes que puedan darles satisfacción.

3. En virtud de esta constelación, las masas condicionan

continuamente la política de los líderes de los que dependen, mientras que estos últimos acrecientan su poder dando satisfacción a las masas que dependen de ellos y reaccionando sobre las mismas. La formación y la movilización de las masas producen el poder autoritario de forma democrática. Es la tendencia plebiscitaria bien conocida. Freud descubrió sus raíces instintivas en el progreso de la civilización.

4. Estas tendencias son regresivas. Las masas no son idénticas al “pueblo” sobre cuya soberana racionalidad debería fundarse la sociedad libre. Hoy día, la suerte de la libertad depende en gran medida de la fuerza y la voluntad empleadas para oponerse a la opinión de las masas, para defender las prácticas políticas poco populares, a modificar el sentido del progreso. El psicoanálisis no puede ofrecer soluciones políticas de recambio, pero puede contribuir a la restauración de la autonomía privada y de la racionalidad. La política de la sociedad de masas aparece en el hogar a través del adelgazamiento del yo y la subordinación al ideal colectivo. La resistencia a esta tendencia puede igualmente iniciarse en el hogar: el psicoanálisis puede ayudar al paciente a vivir con su propia conciencia moral y su propia idea del yo, lo que simplemente pueden querer decir: vivir en el rechazo del orden establecido y en la oposición a este orden.

Así el psicoanálisis extrae su fuerza de su envejecimiento: de su insistencia sobre las necesidades y aptitudes individuales que se han tornado anticuadas a causa de la evolución social y política. Lo que ha envejecido no es por esto falso. Si el desarrollo y la política de la sociedad industrial han hecho caducar el modelo freudiano del individuo y de sus relaciones con la sociedad, si han tornado menos apto al individuo para desprenderse de los otros, a convertirse y permanecer un ego, los conceptos freudianos evocan no sólo un pasado superado sino también un futuro que es preciso reconquistar. Al denunciar con intransigencia los males que inflige una sociedad represiva

al hombre, al predecir que con el progreso de la civilización aumentaría la culpa y que la muerte y la destrucción constituirían una pesada amenaza sobre los instintos de vida, Freud lanzó una acusación cuya validez se ha confirmado desde entonces con las cámaras de gas y los campos de concentración, con los métodos de tortura practicados en las guerras coloniales y las acciones policiales, por el talento y la precipitación con la que los hombres se preparan a una “vida” subterránea. No es culpa del psicoanálisis si carece de la fuerza para oponerse a esta evolución. Por otra parte no es integrando el budismo Zen, el existencialismo y otras corrientes que logrará fortalecerse. La verdad del psicoanálisis reside en que permanece fiel a sus hipótesis más audaces. □